

CATALUÑA

Zona Franca.
Sector B, calle D
08040 Barcelona.
(93) 401 05 00.
Fax (93) 335 39 25
Télex. 97940

LA CRÓNICA

Ciento quince metros exactos. Un trozo de calle, donde se oye el parloteo de las cotorras, detrás del fragor de Balmes. Un trozo de la calle de Brusi entre Copèrnic y Sant Elias: aceras impracticables, deposiciones de perro, contenedores desparramados, coches abandonados y tipos que atraviesan a la hora del ángelus dispuestos a todo lo que en su nube se dicte. Un insólito zoológico de pozoña ciudadana a su alcance.

Todo el malestar de la ciudad

ARCADI ESPADA

No diríais, aparentemente, que allí vaya a suceder nada. Un trozo de calle en un barrio de renta media tirando a alta, una vuelta de calle tranquila, a dos pasos del fragor de Balmes. Flanqueada por dos largos muros que ocultan jardines exuberantes y en cuyos árboles las cotorras — creo que son cotorras y que alguien debe de cultivarlas con mimo — atronan con su parloteo. La calle lleva el nombre de Brusi, que fue marqués, que dio nombre familiar y pecunio al primer diario que tuvieron Barcelona y el continente, y que en esta calle tenía su villa, hoy ocupada por un centro de investigación histórica detrás de uno de los dos muros. Pero donde ocurre todo es en un fragmento corto de esa calle, entre las de Copèrnic y Sant Elias, 115 metros urbanos. Toda la pozoña de la ciudad, todo su malestar físico se concentra ahí, de manera insólita, provocativa, singularísima.

Para empezar, las aceras son muy estrechas: apenas caben dos hombres cruzándose de perfil. Y la calzada presenta un movimiento extraordinario: los coches avanzan incansantes y rápidos, desde la Via Augusta, tratando siempre de alcanzar en verde el semáforo que les abrirá el camino hasta la Ronda del General Mitre. No están para contemplaciones, por lo tanto. El peatón

debe olvidarse de circular por la acera del lado izquierdo: casi siempre hay allí coches ilegalmente aparcados y medio coche basta para bloquear la acera. Al otro lado, el aparcamiento sobre la calzada está autorizado: la estrechísima acera es el único camino practicable. Sería camino si no fuera por los perros. Al anochecer, bandadas de familias muy caninas recorren esa acera amparadas en la soledad. Se sabe: la soledad, excepto para los muy aristócratas, es condición necesaria para la deposición. Por la mañana la acera está bien nutrida: hay que recorrerlas a pequeños saltitos de gorrión.

A 150 metros, siempre por esa única acera franca, el peatón afronta otra de las muestras del espíritu del tiempo: la urbanidad ecologista. Allí, en la calzada, frotándose panzudos contra la acera, reposan tres hongos, amarillo, verde y azul, dispuestos para que el ciudadano seleccione papel, vidrio y plástico. Las dudas sobre la utilidad de esa selección, tal como está planteada, ya las han expresado técnicos diversos. Sobre su diseño y su cromatismo, agresivo y ridículo, Óscar Tusquets escribió hace poco en este diario palabras terminantes. Yo añadiré que por lo que a mi calle respecta, los hongos son un excelente recipiente para el vandalismo: nada hay más divertido que levantar entre cuatro los panzudos, perforar su base y observar como un torrente de cristales, cartón y plástico se desparrama por el suelo. Muy divertido. Para llegar hasta Sant Elias, sin cortarse, sin salpicarse del líquido sobrante de decenas de *tetra-briks*, no hay más remedio que aventurarse y seguir por la calzada: la velocidad de los ingenios enfurecidos acabará por consolidar la raya de tus pantalones. Muchos de esos coches que hoy cruzan la calle abajan el volumen



dipuestos a todo lo que en su nube se dicte. Un insólito zoológico de ponzoña ciudadana a su alcance.

malestar de la ciudad

ARCADI ESPADA

Para empezar, las aceras son muy estrechas: apenas caben dos hombres cruzándose de perfil. Y la calzada presenta un movimiento extraordinario: los coches avanzan incensantes y rápidos, desde la Via Augusta, tratando siempre de alcanzar en verde el semáforo que les abrirá el camino hasta la Ronda del General Mitre. No están para contemplaciones, por lo tanto. El peatón

drio y plástico. Las dudas sobre la utilidad de esa selección, tal como está planteada, ya las han expresado técnicos diversos. Sobre su diseño y su crematismo, agresivo y ridículo, Oscar Tusquets escribió hace poco en este diario palabras terminantes. Yo añadiré que por lo que a mi calle respecta, los hongos son un excelente recipiente para el vandalismo: nada hay más divertido que levantar entre cuatro los panzudos, perforar su base y observar como un torrente de cristales, cartón y plástico se desparrama por el suelo. Muy divertido. Para llegar hasta Sant Elias, sin cortarse, sin salpicarse del líquido sobrante de decenas de *tetra-briks*, no hay más remedio que aventurarse y seguir por la calzada: la velocidad de los ingenios enfurecidos acabará por consolidar la raya de tus pantalones. Muchos de esos coches que hoy cruzan la calle altivos y jóvenes zanjarán por cierto sus días aquí. En los 115 cabe también un cementerio: varios de los coches aparcados llevan meses aparcados y la erosión va esparciendo sus desechos, aquí un faro, un resto de tapicería, aquí una biela, si yo supiera qué es una biela.

Diréis, por último, que son 115 metros tranquilos, seguros, por las mañanas, al menos, con sus cotorras y sus mamás. Mirad: uno tiene el miedo necesario para sobrevivir, pero no es un pusilánime, ni un ay, ay, ay. Pues bien: los tipos que a veces la recorren, en la hora dócil del mediodía, esos tipos, te dejan sin aliento. La mayoría vagan por allí perdidos, sin aliento ellos mismos: hay pocas cosas más tristes y siniestras que un borracho, cualquier ido, a la hora del ángelus. Investigué. Y me dijeron que salen del único *after hours* que hay en la ciudad: el Pilatos. En la calle de Brusi, naturalmente. Aunque ya cruzado Sant Elias. Menos mal: fuera de mis 115 metros, de este insólito zoológico de ponzoña ciudadana que cada mañana atravieso, con los libros bajo el brazo, entonando una canción.



Un aspecto de la calle de Brusi.

ARDUINO VANNUCCI

Demà, dijous, al

Quadern

Manà Montant



¿De Puzos o Puz de setembre? O de la diferencia hi ha entre el paréntesis i els claudets? No són preguntes del Trivial, sino les que responen los M. Pujol i Joan Solà en un manual d'ortografia ara publicat.